

una cartó- gra- fa

Hay dos tipos de poetas: los que en un verso reemplazan carroza por taxi, y creen que han cambiado el mundo. Estos juegan con el estribillo escondido en tu cerebro que tu lengua conoce de memoria. Y que acompasada repite ahora las andanzas, no más rápidas, del taxi en el atasco.

Hay otros, menos previsibles, que hacen el camino inverso, y te obligan a buscar en el taxi la carroza.

Los primeros serenan, todo suena como antaño —oígate los endecasílabos, cuyo trote el cerebro reconoce, y edulcoran toda cosa.

Los segundos inquietan. Han roto el estribillo; remontan del asfalto al empedrado para cuestionar la retórica rancia, el automatismo atávico, la superstición rampante. Rampante: adj. En los blasones aplícase al león u otro animal con la mano abierta y las garras tendidas en ademán de agarrar o asir.

María Eloy-García pertenece a este escaso grupo, que no se agrupa pero se adivina entre sí, de los poetas inquietantes. Los que congelan el gesto de la superstición y estudian su zarpazo detenido; los que decodifican su mecanismo atávico.

Así, en El ciclo de Hipermuriel, la poeta se adentra en la Catedral del Consumo para desentrañar en seis poemas el implacable mecanismo de la novísima iglesia de hoy.

Describe a sus oficiantes y sacerdotes que crean y colman la demanda del rebaño con sutil persuasión: tu trabajo es contentar a los que compran/ cambiar los pre-

c i o s
hacerte oferta;
así como los emblemas
de su poder: el ojo de su láser
(la cajera); tu pistola que dispara los
precios (la encargada), tu balanza egipcia
(la charcutera).

Desgrana sus dogmas, sus misterios y revelaciones: a una simple voz tuya todas las bandejas dicen carne; sus milagros: sólo tú tienes como todas las mañanas/ tres horas justas para crear un día.

Recrea el ansia de los fieles que se acercan a comulgar: y buscarte, buscarte, en ese contenedor de recortes y de restos que conforman tu yo hecho pedazos, y detecta los signos de esa transfiguración en su salida triunfal del templo: y me voy por esas puertas que se abren sólo con el aura...

¿Y qué decir de la atmósfera mística que embarga la nave, por cuyos pasillos deambula hipnotizada la grey, bajo el ensalmo de los altavoces?: que te reconoces, te reconoces . . . Y ahí reside el logro de estos poemas. Con el enorme talento que aplicó a desmenuzar la vida doméstica en *Metafísica del Trapo*, María Eloy García, continúa alzando en este Ciclo la cartografía de nuestra estupidez. En el Hiper descubre y registra el sitio clave del culto actual, al que acudimos en busca de sentido y consuelo, y adonde —paradójicamente— creemos hallar refugio de la vacía e inclemente vida exterior. Magnífico.

Noni Benegas